

—Sí, llamadme hermano, porque os amo como á una hermana.

—Pero id, id, no os detengais, os lo suplico.

—Voy en el instante.

—Y volved pronto y con él.

—Volveremos.

—¡Dios os bendiga, hermano mio! ¡Dios os bendiga, porque me habeis traído la dicha y la felicidad!

EL Padre Salazar tomó su sombrero, y salió de la casa de Doña Esperanza verdaderamente satisfecho; entreveía ya la felicidad para su hermano y para aquella jóven á quien amaba como si hubiera formado siempre parte de su misma familia.

Llegó así hasta su casa, y se dirigia al cuarto de Don Leonel, cuando de la puerta de una de las habitaciones que habia en el corredor, oyó que le llamaban.

Era Catalina.

El Padre Alfonso entró, y Catalina cerró la puerta.

La jóven estaba ya serena, y en su rostro se notaba la conformidad de la mujer cristiana despues de una de esas tempestades de la vida que hacen cambiar completamente al corazon.

—Entra, hermano mio, entra, y hablaremos un poco; necesito oirte, porque veo en tí al sacerdote y al hermano, y tus palabras serán las de la religion y las del cariño.

—Hermana mia—contestó el Padre Alfonso—Dios te dará resignacion, y tu corazon encontrará esa calma y esa felicidad que en vano la buscarías en el mundo, en las aguas purísimas de la religion.

—¡El mundo no tiene para mí atractivos! ¡mi madre ha muerto!.....

—¿Lo sabes ya?.....

—Sí lo sé, y mi alma ha sentido un dolor inmenso, porque puedo sentir ya mas de lo que he sentido: ¡pobre madre mia! yo la perdono; ¡ojalá que así la perdone Dios!

—Catalina, ¿has visto á mi padre y á Leonel?

—A mi padre le he visto; él me dió la noticia de la muerte de mi madre: en cuanto á Leonel, pienso no verle hasta el momento mismo de mi partida.

—¿Qué partida?

—Sí, hermano, he determinado marchar á España, y tomar allí el velo en alguno de los conventos de arrepentidas.

—Creo que harás bien. ¿Y quién te acompañará?

—Tú—contestó á la espalda del Padre Alfonso la voz de Don Nuño.

—Será así, si vos lo ordenais—dijo el Padre.

—Es necesario, y además, esto debe ser muy pronto, porque las urcas están en Veracruz aparejadas ya para darse á la vela.

—Estoy dispuesto. ¿Y cuándo saldremos, señor?

—Esta misma noche: uno de mis amigos me ha dicho que el visitador Don Martin de Carrillo tiene datos para creer, ó mejor dicho, para estar seguro de que eres tú el gefe de las conspiraciones que traman aquí los criollos para alzarse con el reino; que hace algunos meses habeis suspendido vuestros trabajos, merced á la actividad con que él os per-

siguió; pero que cuando él se retire, que quizá será muy pronto, no quiere dejar la chispa oculta, exponiendo al reino á nuevos trastornos: él ordena que te envíe yo á la corte, ó que de lo contrario, tendrá que llevarte preso á su salida de la Nueva España.

—Vámonos, hermano mio, vámonos—dijo Catalina;—quizá allá encontremos paz y tranquilidad para nuestros corazones.

—Partiremos esta noche—dijo el Padre Alfonso:—y ahora, padre mio, deseo hablaros á solas.

—¿Me retiro?—preguntó humildemente Catalina.

—No, hija mia—contestó Don Nuño acariciándola;—nosotros pasaremos á otra estancia.

Y Don Nuño y su hijo pasaron á otra de sus cámaras.

—¿Qué deseas?—preguntó el anciano.

—Solo deciros que Catalina y yo partimos esta noche; Leonel mi hermano queda á vuestro lado: dad vuestro permiso, señor, para su enlace con su prima Doña Esperanza de Carbajal.

—No tengo ya inconveniente; pero apenas hace unas cuantas horas que ha muerto Don Alonso de Rivera; ¿qué dirá el mundo?

—Señor, por medio de la fuerza hicieron casar á mi prima con Don Alonso, no porque él la amase, sino porque querian apoderarse de sus grandes riquezas, segun comprendo; mañana lo sabrá todo México, y nadie murmurará de una boda que debia ya haberse olvidado, á no haber sido por los crímenes de Rivera.

—Por mi parte no hay inconveniente; ¿qué dice tu hermano?

—Voy á verle y os diré lo que resuelva, esta misma tarde.

—Anda, hijo mio, y no olvides que esta noche partirás.

—No, señor; siempre estoy dispuesto á obsequiar vuestra voluntad.

Don Nuño le tendió la mano y el Padre Alfonso la besó y salió.

Don Leonel se paseaba agitado en su aposento; al ver entrar á su hermano, se arrojó á su encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Doña Esperanza desea hablarte.

—¿Pero cuándo, adónde?

—Ahora mismo en su casa.

—Dios mismo, ¡qué feliz soy!—dijo Leonel precipitándose á tomar su sombrero y su espada.—Vamos, vamos.—De repente se detuvo y exclamó:—¡imposible!

—¿Imposible? ¿por qué? ¿estás loco?

—Loco, no; pero ella amaba á otro hombre, huyó de su casa y se enlazó con él: ¿cómo voy á buscarla?

—Vamos, que ella te explicará todo; ella te ama, y si hay álguien que necesite de perdon, eres tú, tú que te atreves á pensar mal de un ángel como ella.

—Vamos, dijo Don Leonel.

Y los dos hermanos se dirigieron á la casa de Doña Esperanza de Carbajal.

Apenas llamaron á la puerta de la sala, cuando esta se abrió y se presentó Doña Esperanza.

El semblante de la jóven estaba encendido como las amapolas del lago, sus ojos brillaban por el placer, tenia la boca entreabierta por una sonrisa de felicidad, dejando ver entre sus rojos labios sus dientes blanquísimos y sus encías nacaradas y frescas.

Vestia un traje negro, sin mas adornos que una gran hilera de botones que bajaban por delante desde el cuello has-

ta la orla; su cintura delgada y flexible estaba ceñida por un cinturón negro tambien, y sus negros y rizados cabellos formaban el fondo en que se destacaba un rostro tan bello como el de un arcángel.

Esperanza avanzó majestuosamente; su elevado talle parecia mecerse agitado por la emocion; tomó con sus manos las dos de Don Leonel, que la miraba extasiado, y las oprimió con delirio, sin pronunciar una palabra.

Aquella demostracion tan sencilla era la expresion mas elocuente de aquel amor infinito.

—Esperanza—dijo Leonel—¿cuánto te adoro!

El Padre Alfonso conoció que no debia esperar la respuesta, y se salió sin que lo sintieran los dos enamorados.

—Leonel—dijo Esperanza—¿cuánto me has hecho sufrir en la vida, cuánto! tú has herido mi corazón vírgen, tú jugaste con mi amor, tú no comprendiste lo que yo te queria: ¡ah, Leonel! tú me has ofendido mucho.

—Alma de mi alma, tienes razon; yo te he ofendido, yo herí tu corazón; pero te amo, ángel mio, como no se ama mas que una sola vez en la vida; mi corazón es solo para tí: si la sombra de un capricho pasó sobre la pureza y sobre la constancia de mi amor, el fuego que me devora, aliento de mi vida, basta por sí solo para purificarme ante tus ojos: sí, Esperanza, tú lees en mi corazón, tú sabes que te amo; tú lo adivinarias si no te lo dijera, porque el amor se siente como se siente la tempestad que se tiende sobre nuestro cielo; tú comprendes mi pasión, tú sabes que desde niños nos amamos; tú sabes que yo pensé en tí y no mas en tí para mi esposa: una barrera inmensa se habia levantado entre nosotros con tu matrimonio, Dios la ha hecho desaparecer, y ahora que eres libre, vuelvo á tus plantas á pedir tu perdon y tu amor.

—¡Ah! Leonel, ¡cuánto me hiciste padecer! por tí y nada mas por tí he aceptado la union que me propusieron, porque te ví á los piés de otra mujer; si no, hubiera preferido morir: ¿tú sabes lo que yo sentiria al ver que ibas á unirte á otra?

—¿Y no crees, ángel mio, por lo mismo que conoces ese intenso dolor, que estoy mas que castigado con haberte visto esposa de otro hombre? ¡Oh, Esperanza! dolor por dolor, si el tuyo ha sido grande, el mio ha sido infinito, porque yo me sentia culpable.

—Leonel, te perdono; ¿me perdonas tú á mí?

—¿Yo á tí, amor mio? ¿y de qué? ¿de qué? Tú eres el ángel que me guia á la felicidad; si no quise seguirte, si te abandoné, ¿quién es culpable?

—¿Me amas aún?

—Mas que nunca, mi bien, mas que nunca.

—Y yo te adoro.

—Pronto serás mia.

—Será el dia de felicidad suprema para mí; me parece imposible.

—Ya llegará—contestó Don Leonel besando con pasion una de las manos de Doña Esperanza que tenia entre las suyas.

La encantadora viuda ruborizada, retiró su mano, exclamando:

—¡Leonel!

En este momento llamaron á la puerta, y hasta entonces no se apercibieron los amantes de que el Padre Alfonso habia desaparecido.

La puerta se abrió, y un alcalde del crimen seguido de varias personas, entre las cuales se encontraba el Padre Alfonso, se presentó.

—Señora—dijo el alcalde—vengo á tomaros una declaracion: excusadme, señora; pero es una cosa precisa, es un negocio de suma gravedad.

—Estoy muy dispuesta á contestaros; podeis comenzar.

—¿Deseais que se retiren las personas que están presentes?

—No, señor; cualquiera cosa que tenga que decir, será pública, y no necesito del secreto.

—En tal caso, señora, comenzaremos.

El escribano sacó un enorme tintero de cuerno, unas grandes plumas y unos rollos de papel, se sentó junto á una mesa y se preparó á escribir.

—¿Teneis la bondad de poneros de pié y hacer la señal de la cruz?

Doña Esperanza obedeció.

—¿Jurais por Dios y por su santa Madre, y por la fe cristiana que profesamos, decir verdad en cuanto supiereis y fuéreis preguntada?

—Sí juro—dijo Esperanza, llevando á sus labios su mano derecha, con cuyos dedos tenia hecha la señal de la cruz.

—Que sea á cargo de vuestra salvacion y conciencia—agregó el escribano.

Y comenzó el interrogatorio.

El juez preguntaba de manera que apenas podia contestar la dama mas que sí ó no; pero hizo por último una de las preguntas que decia:

—Preguntada cuanto mas supiere de todo esto.

Entonces Esperanza dijo al alcalde:

—¿Permitireis, señor alcalde, que diga todo cuanto sepa?

—Sin duda, señora; que eso es lo que desea la justicia.

Doña Esperanza refirió entonces todo cuanto le habia pasado con Don Alonso y con Doña Catalina, y todas las

crueldades de que habia sido víctima, hasta que la obligaron á dar la mano de esposa á Don Alonso.

Todos los presentes escucharon aterrorizados esta relacion hasta su fin.

—Verdaderamente, señora—dijo el alcalde—habeis sido víctima de horrorosos atentados; solo que ya la justicia humana nada puede hacer, porque el cielo ha castigado á vuestros verdugos. Doña Catalina, Don Alonso y Guzman no existen, y no es posible encontrar al hechor de todo esto; lo mas seguro parece ser que ese Guzman los llevó allí con engaño, y los mató de una manera bien cruel, y que despues, por una desgracia ó por disposicion de Dios, que no permite nunca que los delitos queden impunes, la casa en que estaba Guzman se incendió, y él pereció entre las llamas: de todos modos, libre estais ya de vuestros perseguidores, y Dios recompensará vuestros sufrimientos.

—Así lo espero—dijo Doña Esperanza.

—Señora, me retiro; perdonadme la molestia y os deseo mil felicidades.

La jóven hizo una reverencia, y el alcalde con su acompañamiento salieron, dejando solos á Don Leonel, Doña Esperanza y al Padre Salazar.

—Y ahora ¿qué pensais hacer?—preguntó Leonel á la jóven.

—Aconsejadme—contestó ella dirigiéndose al Padre Alfonso.

—Si seguís mis consejos, oid: en primer lugar, debeis trasladros á la casa de vuestro padre Don Pedro de Mejía.

—Me entristece esa casa.

—No importa; ya vereis cómo se alegra muy pronto.

—¿Y luego?

—No vistais luto por Don Alonso; todos sabrán lo que hicieron con vos y no lo extrañarán.

—Bien; ¿y luego?

—Luego, ¿para qué quereis que os lo diga? casaos con Leonel si los dos estais conformes en ello.

Doña Esperanza miró á Leonel, éste la miró tambien, vacilaron un momento, y luego se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

—Dios os bendiga—dijo el padre Alfonso algo conmovido.

—Hermano mio—dijo Esperanza tomándole de una mano—vos bendecireis nuestra union.

—No es posible, hermana mia; esta misma noche parto para Veraacruz; voy á embarcarme, Leonel lo sabe.

—Parte—dijo Don Leonel;—va á llevar á nuestra hermana Doña Catalina, que quiere tomar el velo en uno de los conventos de España.

Doña Esperanza no contestó, y todos tres guardaron silencio.

La sombra del pasado cruzó en medio de aquella escena de felicidad.

El Padre Alfonso se levantó conmovido, y el anciano se limpió una lágrima que habia procurado ocultar á su hijo.

—Catalina—dijo el Padre Alfonso—llegó el momento.

Doña Catalina apareció entonces vestida de negro y sumamente pálida.

El Padre y su hermana se pusieron de rodillas delante del anciano, que procurando aparecer sereno, echó su bendicion sobre aquellas dos cabezas inclinadas.

Aquella bendicion caia como el rocío de consuelo, en dos almas tan diferentes y agitadas por pasiones tan diversas.

Eran dos seres desgraciados.

El hombre fuerte, inteligente, vigoroso; el sacerdote de la virtud, que no habia tenido en el mundo mas anhelo que el de la ciencia, ni mas ambicion que la libertad de su patria, y que marchaba á tierra extraña con el corazon despedazado, porque dejaba á México cautivo y sin esperanza.

La jóven hermosa, que habia apurado la copa del placer y de la disolucion, y que no habia tenido mas amor en su vida que el de Leonel, huia del hogar doméstico, á buscar en la soledad del claustro un asilo para llorar sus desventuras y un amparo contra las tormentas de la vida.

La una iba impulsada por el arrepentimiento de lo que habia hecho en el mundo, huyendo de él.

El otro, devorado por el despecho de lo que no habia podido hacer, huia tambien.

—Hijos míos—exclamó el anciano;—yo os bendigo, y la bendicion de un padre que ama á sus hijos, es la bendicion de Dios: no olvidéis mis consejos, y rogad á Dios por vuestro padre.

Los jóvenes se levantaron y se arrojaron llorando en el seno de Don Nuño, que los recibió en sus brazos.

El Padre Alfonso tuvo mas presencia de ánimo; se ar-

XL.

El fin de la historia.

La noche habia cerrado, y en el patio de la casa de Don Nuño de Salazar se veia uno de esos coches de camino que hacian el entonces largo y peligroso viaje de la capital de la colonia al puerto de Veracruz.

Pero aquel viaje se preparaba sin ruido, sin movimiento, sin escándalo.

Los cocheros esperaban el momento de la partida, y el coche estaba cargado con baúles y cajas.

En un aposento de la casa, Don Nuño daba sus últimos consejos al Padre Alfonso.

—Hijo mio—le decia—vas á la tierra de tus antepasados; allí la nobleza, la inteligencia y el dinero te abren camino para los altos puestos; allí, hijo mio, nadie se acordará de que eres americano, sino para alabarte; llevas fondos para cubrir el dote y los gastos que necesita tu hermana para profesar. Dios los bendecirá como los bendice su padre. Llama á Catalina.

rancó de los brazos del anciano, y tomando de la mano á Doña Catalina, salió llorando del aposento.

El viejo permaneció inmóvil mirándolos, hasta que la puerta volvió á cerrarse; entonces, con una voz que salía del fondo de su corazón, exclamó, volviendo á bendecir el lugar por donde él suponía que aun estaban:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! ¡Dios os bendiga!—y se dejó caer sobre un sitial.

Doña Catalina, siguiendo á su hermano, salió del aposento de su padre; sin alzar siquiera el rostro atravesaban ya el corredor, cuando oyeron una voz que decía:

—Alfonso, Catalina!

La jóven, como herida por una corriente eléctrica, volvió el rostro, y vió á Don Leonel; y ella y Don Alfonso se arrojaron en los brazos del jóven, sin hablar.

—¡Adios!—dijo el Padre desprendiéndose.

—¡Adios, hermano mio!—contestó Don Leonel conmovido.

—Leonel—exclamó Catalina—¡adios para siempre! para siempre!

—¡Adios para siempre, hermana de mi corazón!

Catalina siguió al Padre; pero al llegar á la escalera, volvió el rostro y miró á Don Leonel que los contemplaba con las lágrimas en los ojos; no pudo contenerse, lanzó un grito y volvió corriendo á precipitarse entre sus brazos.

—Vámonos!—dijo el Padre tomándola de una mano;—¿para qué quieres herir mas tu corazón?

—¡Para siempre!—dijo Catalina.

—Para siempre!—contestó Don Leonel;—y se separaron.

Poco antes de retirarse, la jóven hizo otro esfuerzo, y tomando una de las manos de Don Leonel, imprimió en ella un beso, en que parecía querer dejar el alma.

El jóven retiró su mano y se precipitó en su aposento.

Pocos momentos despues se escuchó el ruido del coche que comenzaba á caminar y salió de la casa de Don Nuño.

Don Leonel se tapó los oídos, porque en medio de aquel ruido que se alejaba, le parecia escuchar la voz de Catalina que le decia tristemente:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Y él instintivamente le contestaba tambien:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Al siguiente dia, Martin buscó á Doña Esperanza, y supo que vivia ya en la casa de su padre Don Pedro de Mejía, en la posesion de cuyos bienes habia entrado.

Martin determinó no verla ya, y Don César y Teodoro aprobaron su resolucion.

En toda la corte no se hablaba mas que de las desgracias de Doña Esperanza y de las maldades de que habia sido víctima; todos atribuian á un milagro su salvacion; y el nombre de Martin Garatuza no se escuchaba para nada en aquellas conversaciones.

Los esfuerzos y el triunfo de Martin no eran ni siquiera conocidos.

—¡Así es el mundo en su gratitud!